

IGNACIO AGRAMONTE

El 11 de mayo de 1873, murió en Jimaguayu, á consecuencia de una herida de bala en la cabeza, combatiendo por la Independencia de la patria, el inmortal Ignacio Agramonte y Loynaz, cuya figura histórica no palideció al través de los restantes cinco años de la guerra del 68 y de los tres de la guerra del 95.

Su cadáver, del que se apoderó el enemigo, fué conducido á Puerto Príncipe, la ciudad natal del más grande y venerado de los revolucionarios cubanos. Expuesto al público en una galería interior del hospital civil de San Juan de Dios, el pueblo camagüeyano desfiló, rindiéndole en silencio el tributo de admiración y cariño que inspiraba. Trasladado al cementerio, los movilizadas y grupos de paisanos enemigos de la revolución, quemaron el cadáver, esparciendo por los aires las cenizas.

A propósito de esa profanación, el capitán general, en informe remitido al Ministro de la Guerra, dijo: "...sin mi consentimiento tuvo lugar un acto que reprobé altamente cuando llegó á mi noticia de una manera extraoficial, porque, en efecto, podía merecer la acusación de ensañamiento contra un cadáver. La autoridad que lo mandó efectuar en secreto, obró, á mi juicio, con indiscreto celo, aunque no sin algún fundamento etc. etc. Sin esta consideración, que atenuaba la gravedad del hecho, no me hubiera contentado con reprobalo."

El fundamento que se alegó para de aquel modo profanar el cadáver del que fué siempre un enemigo noble, era el de que las fuerzas cubanas proyectaban asaltar el cementerio y llevarse el cadáver de su jefe. Así se dijo en aquella época, y así recuerda haberlo oído decir el que estas líneas escribe, en los hogares camagüeyanos.

El pretexto agrava aún más el hecho ante la historia, porque las fuerzas españolas no se mantenían á la "defensiva", sino que su campaña era ofensiva; esto es:

perseguidora de los revolucionarios; y un ataque esperado al cementerio de Puerto Príncipe podía ofrecerles oportunidad para una acción militar importante, que difícilmente lograrían si la hubiesen buscado, porque las filas libertadoras no se hallaban bien provistas de parque en aquellos días como se hallaron después, cuando la famosa batalla de "Las Guásimas".

La libertad concedida á soldados y oficiales españoles prisioneros del mayor general Ignacio Agramonte y la caballerosa y valiente aceptación del reto que á él le dirigiera el jefe de la caballería formada por los escuadrones de la guardia civil, de cuyo combate apenas si quedaron algunos supervivientes de las fuerzas españolas, debían haberlo hecho acreedor á los honores póstumos del enemigo ó cuando menos, al respeto de sus restos. Fué el acto de la cremación del cadáver de Ignacio Agramonte un barreno más, abierto en el abismo de los odios de la época. Muchos de los que hasta aquel día no habían determinado ingresar en la revolución, corrieron á sus filas; y la historia nos ha demostrado cómo tuvo el Ejército Libertador después, días de gloria militar y cómo un pacto fué el que cinco años más tarde puso fin á la guerra en el país.

Ignacio Agramonte nació el 24 de diciembre de 1841. El 11 de noviembre de 1868 se unió á sus compatriotas que el día 4 habían secundado el movimiento iniciado por el inmortal Carlos Manuel de Céspedes en "La Demanda".

El 26 de aquel mismo mes tuvo lugar la segunda reunión provocada por Napoleón Arango en la estación de "Las Minas", con el fin de someter á la consideración de los revolucionarios lo propuesto por el gobierno español, ó sea implantar en Cuba ciertas reformas. Esa proposición estaba apoyada por los ricos vecinos de Caunao y los amigos de Arango.

Ignacio Agramonte pronunció estas palabras que pusieron fin á los propósitos de Arango:

"Solo por medio de las armas, y no admitiendo componendas, ni dilaciones, debemos exigir á España la redención de los cubanos".

Fracasada la intentona de avenencia, fué nombrado un "comité directivo de la guerra", quedando elegidos los señores Salvador Cisneros Betancourt y Eduardo é Ignacio Agramonte (hermanos).

El 10 de abril de 1869, al discutirse en la Cámara de Representantes la bandera que debía enarbolar la revolución, si la de Narciso López ó la del 10 de octubre del 68, Ignacio Agramonte impugnó los argumentos que se hicieron porque fuera la de Céspedes.

El ciudadano Guillermo Lorda, representante de las Villas, propuso que se aceptara la bandera de Narciso López con la variante de sustituir el triángulo rojo por el azul y la reducción de las franjas á una blanca y otra roja, en consonancia con las leyes de la heráldica.

Ignacio Agramonte sostuvo que: "las leyes de la heráldica no debían tenerse en cuenta en este caso, porque ellas regulaban los blasones y los tímbrs de los reyes; y la República de Cuba podía vanagloriarse de desatenderlas intencionalmente."

Así quedó siendo para la revolución la bandera que hoy reconoce todo el mundo como enseña de la Patria Cubana.

En 1870, Ignacio Agramonte con treinta y cuatro jinetes rescató al general Julio Sanguily que había sido hecho prisionero por una columna enemiga que lo conducía rumbo al Camagüey.

En el año 1872, varios señores residentes en la ciudad de Puerto Príncipe, enterados del deplorable estado en que se hallaba la revolución, conferenciaron con el mayor general Ignacio Agramonte en campos de "Cuba Libre".

Uno de ellos, amigo íntimo de Agramonte, vista la tenacidad de éste en no aceptar ningún consejo tendente á concluir la guerra, hubo de preguntarle:

—Pero, Ignacio... ¿con qué recursos cuentas para continuar la guerra?

Agramonte, saltando de su asiento y dando por concluída la conferencia, respondió:

—¡ Con la vergüenza!

Esta tarde, para conmemorar la fecha de la muerte de Agramonte, los admiradores de aquel gran corazón, y muchas niñas y niños de las escuelas públicas, presididos por el venerable Salvador Cisneros Betancourt, irán á la estatua de Martí, y sobre el pedestal colocarán flores y coronas.

Una banda de música asistirá al acto y luego habrá una retreta conmemorativa.

